

¿Y cómo había menos que antes? La señora Astier lo debía saber, por cuanto, sin pedir más explicaciones, se levantó de la mesa y se dirigió con paso ligero al gabinete, transformado en salón de visitas para las recepciones del miércoles.

Quedóse Leonardo Astier cada vez más preocupado, desmenuzando durante un rato con el cuchillo la corteza del queso en el plato. Luego, distraído de sus reflexiones por Corentina, que levantaba la mesa de prisa sin hacerle el menor caso, se levantó con trabajo, y subiendo á su camaranchón por la escalerilla de caracol, tomó de nuevo los lentes y el palimpsesto que desde la mañana le absorbía.

II

—¡Eh! ¡Eh!

Pablo Astier, desde lo alto de su *charrete*, que guiaba él mismo, correcto y erguido, las riendas altas, marchaba rápidamente á su misterioso «almuerzo de negocios» por el Puente Real, los muelles y la plaza de la Concordia.

Con un poco de imaginación, viéndose entre

las terrazas, arboleda y fuentes, puede figurarse que vuela en alas de la misma Fortuna; tan seguro es el camino y espléndido el día. Pero el lacayo no tiene el cráneo mitológico, y de paso Pablo se fija en el correaje nuevo de las guarniciones y hace preguntas sobre el pajero al *groom* que se sienta á su lado, afeitado y reuicente, con el aspecto socarrón y malhumorado del mozo de cuadra elegante. Éste le dice que el pajero es un tramposo, que estafa en el peso de la cebada.

—¡Ah! ¡Sí?... dice Pablo distraídamente y pensando ya en otra cosa.

Las confidencias de su madre ruedan por su cabeza. La hermosa Antonia tiene cincuenta y tres años, con aquellos hombros y aquellas espaldas... el escote más correcto. ¡Parece increíble!

—¡Eh! ¡Cuidado! ¡Eh!

La recuerda en Mousseaux, el verano último, levantada antes que todos, corriendo por el parque con sus perros, bañada de rocío, la cabellera suelta, fresca la boca... No tenía el aspecto de mujer artificial... En fin, que un día yendo en landó le echó á un lado, así como sue-

na, como á un criado; pero con una mirada, sin decir palabra, nada más que por haber rozado su pierna de diosa Hebe, larga, fina, fuerte. ¡Cincuenta y tres años con aquella pierna... no podía ser!

—¡Eh! ¡Eh! ¡Qué peligrosa es esta esquina de la Avenida de Antín!

—De todos modos, seguía diciéndose, es un golpe rudo el que recibirá la pobre mujer al al ver que le casan á su Príncipe. Porque mamá dirá lo que quiera, pero el salón de la Duquesa les ha servido, y bien, á todos ellos. Mi padre mismo no sería de la Academia, sin ella. Y otro tanto pasa con sus recomendaciones. La herencia de Loisillón, la perspectiva de un hermoso cuarto bajo la famosa cúpula. ¡Decididamente son el diablo las mujeres! Por supuesto que los hombres... Ese mismo Athis, ¡cuando uno piensa en lo que por él ha hecho la Duquesa! Arruinado, sin un cuarto, hecho un guiñapo cuando le conoció, y hoy Ministro plenipotenciario, individuo de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, por un libro titulado *La misión de la mujer en el mundo*, del que no ha escrito una sola línea. Y mientras ella trabaja para sacarle una

embajada, él espera que aparezca el decreto en el *Journal Officiel*, para despedirse á la francesa y darle el gran chasco, después de quince años de felicidad perfecta... sin una nube... Ese es uno que ha comprendido la misión de la mujer en el mundo... ¡No hay tunante mayor!

— ¡Eh! ¡La puerta!

El monólogo se ha acabado; la *charrete* se detiene á la puerta de un hotel de la calle de Courcelles. Se abre la verja con la lentitud y la gravedad del que hace algo, de lo cual ha perdido la costumbre hace algún tiempo.

Era el hotel donde vivía la princesa Colita de Rosen como en un claustro, desde su luto y la trágica aventura que la dejó viuda á los veintiséis años.

Contaron las crónicas de entonces la ruidosa desesperación de aquella juvenil viudez, los rubios cabellos cortados de raíz y arrojados al féretro, el gabinete transformado en capilla mortuoria y las solitarias comidas con los dos cubiertos puesto en la mesa como antes, y en la mesita de la antecámara el bastón, los guantes y el sombrero del Príncipe como si estuviese allí y fuera á salir. De lo que nadie habló

fué del cariñoso cuidado y de la solicitud casi maternal que desplegó la señora Astier en aquella dolorosa circunstancia.

La amistad de las dos mujeres llevaba algunos años; databa de un premio dado por la Academia, siendo Astier-Rehu el ponente, á una obra histórica del príncipe de Rosen; pero si entonces la diferencia de edad y de posición abrió entre las dos cierta distancia, la borró el luto de la Princesa. Al romper ésta con sus relaciones, no exceptuó más que á la señora Astier, única que pudo franquear la puerta de aquel hotel transformado en claustro, donde lloraba la pobre carmelita con la cabeza rapada. Nadie más que ella podía oír, dos veces á la semana, la misa que se decía en San Felipe por el alma del difunto, y sólo ella leía las cartas que Colita diariamente escribía al *adorado ausente*, contándole su vida y todo lo que hacía.

En el luto más austero hay detalles materiales que empequeñecen el dolor, pero que el mundo exige, tales como las libreas nuevas, las telas negras en las habitaciones, el antipático contacto del comerciante en lutos, de maneras hipócritas y lacrimosas. De todo esto se encar-

gó la señora Astier con incansable paciencia, tomando á su cargo el tren pesado de la casa, que ya no podían presidir los hermosos ojos, preñados de lágrimas, de la inconsolable viuda, y evitando á ésta todo lo que le podía molestar en sus tristezas, en sus horas de lágrimas, oraciones y pensamientos hacia un más allá, y respetando su piadosa costumbre de llevar montones de flores raras al cementerio del Père Lachaise, donde Pablo Astier dirigía la construcción del gigantesco mausoleo levantado con piedras extraídas del lugar de la catástrofe, con arreglo á la voluntad de la misma Princesa.

Por desgracia, la extracción y el transporte de las rocas de Dalmacia, de granito difícil de trabajar, y luego los mil proyectos y los vanidosos caprichos de la viuda, que no hallaba nada que en grandeza y pompa estuviese á la altura de su héroe muerto, habían producido tantos inconvenientes y obstáculos, que en Mayo de 1880, á los dos años y pico de la catástrofe y de empezarse las obras, el monumento no estaba todavía terminado.

Eran mucho dos años para un dolor tan aparatoso, y siempre en el paroxismo, como si

fuese á estallar. Es verdad que subsistía el luto, siempre aparentemente austero, dentro del hotel, mudo y cerrado como una cripta; pero en el fondo de ésta, en vez de la estatua viviente, lastimera y mustia, había ya una mujer joven y bonita, cuya cabellera brotaba fina y espesa, saturada de estremecimientos, de ondulaciones y de vida.

En esta rubia cabellera reaparecida, las ne-gruras de la viudez se iluminaban como por una sonrisa. Resultaba de ella algo como un capricho de mujer elegante. Pero el aspecto y la voz de la Princesa descubrían los bríos juveniles, á la par que el sosiego y la tranquilidad que se nota en las viudas jóvenes al segundo período de viudez. ¡Estado encantador en el que la mujer por vez primera saborea la dulzura de la libertad, de la libre posesión de sí misma, que hasta entonces no conocía, habiendo pasado de la familia al marido; el placer de hallarse al fin libre de la grosería masculina, y sobre todo del horror á tener hijos, especie de terror dentro del amor, que es la nota característica de la mujer moderna! Así, la natural evolución del dolor que estalla y que va hasta el total apa-

ciguamiento, se acentuaba aquí por todo el aparato de la viudez inconsolable, en el cual seguía Colita envolviéndose, y no por hipocresía, sino por no saber cómo mandar, sin dar que decir á los criados, que quitasen el sombrero que esperaba á su amo en el recibimiento, y el bastón puesto en otro sitio visible, y el cubierto puesto para el adorado ausente, y decir todo esto con la fórmula de: «Hoy el Príncipe no come en casa.»

Únicamente la correspondencia mística dirigida á «Heriberto en el cielo,» se había acortado de día en día, quedando al fin reducida á un diario, cuyo tono tranquilo divertía mucho á la inteligente amiga de Colita, que se guardaba de hacerlo ver. Porque la señora Astier tenía un plan. Una idea había brotado en aquella pequeña, pero sólida cabeza, un martes en la Comedia, á propósito de una confidencia hecha en voz baja por el príncipe de Athis.

—¡Ah, sí! ¡Mi pobre Adelaida! ¡Qué cadena! ¡Y cómo me aburro!

En seguida pensó en casarle con la Princesa, resultando de ello un juego nuevo, al revés del primero, pero no menos encantador y delicado.

29914

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

Ya no se trataba de predicar la eternidad de los juramentos, ni de buscar en Joubert ó en otros filósofos aburridos, pensamientos como aquél, copiado por la Princesa á la cabeza de su libro de matrimonio: «No cabe ser esposa y viuda con dignidad, más que una vez;» ni tampoco de extasiarse ante las gracias varoniles del joven héroe cuya imagen, de pie, en busto, de perfil ó de tres cuartos, en escultura ó en pintura, llenaba todas las habitaciones. Todo lo contrario. Ahora se trataba de algo graduado y calculado, como por ejemplo:

—¿No le parece á usted, mi buena amiga, que esos retratos del Príncipe le hacen la mandíbula inferior muy saliente? Bien es verdad que por este lado resultaba algo rudo y ordinario.

Y luego, á pequeñas dosis, calculadas con dulzura y habilidad extremas, volviéndose atrás cuando iba demasiado lejos, acechando la sonrisa de Colita después de una malicia acentuada, llegaba á recordarle que su Heriberto había sido siempre un tanto basto, más caballero de nombre que de maneras, sin tener, por ejemplo, el aristocrático aspecto del príncipe de Athis, á quien el anterior domingo habían encontrado á

la puerta de San Felipe. Y luego, como quien no dice nada, añadía:

—Si le gustase á usted...

Todo esto dicho al buen tun-tún, como en broma, para luego volverlo á tomar y hablar de ello más claramente.

—¿Y por qué no? Como conveniencias sociales, no falta una. Nombre, posición diplomática importante, y nada de cambiar blasones ni títulos, lo cual tiene también su importancia doméstica. En una palabra, ya que hay que decirselo á usted, es un hombre que siente hacia usted los sentimientos más vivos.

Esta palabra *sentimientos* chocó al principio á Colita como si fuera un insulto; pero se acostumbró á oírla.

Se encontraban á Athis en la iglesia, ó con gran recato paseando la calle de Beaune, y Colita hubo de convenir en que era el único que pudiera hacerle renunciar á la viudez. Pero el pobre Rosen la había amado con tanta devoción, y nada más que á ella sola...

—¿Nada más? decía entonces la señora Astier, con la sonrisita de quien sabe algo.

Y en seguida empezaban las alusiones, las me-

días palabras; el lento envenenamiento de una mujer por otra mujer.

—Además, mi querida amiga, no hay amores exclusivos ni maridos fieles; los honrados, los bien educados, se arreglan para no entristecer ó humillar á sus mujeres y no perturbar el hogar; pero...

—De modo que usted cree que Heriberto...

—¡Oh, Dios mío! Como todos.

La Princesa se sublevaba, saltaba y derramaba esas lágrimas fáciles, sin dolor, que calman y refrescan como la llovizna después de una borrasca de viento; pero de todos modos no cedía, con gran despecho de la señora Astier, que estaba lejos de sospechar la causa real de aquella resistencia.

La verdad era que con tanto examinar juntos el proyecto de mausoleo, rozando las manos y las cabezas junto á los planos, los bocetos de tumbas y las estatuas funerarias, Pablo y Colita habían sentido brotar algo que al principio era como una simpatía de camaradas, que fué haciéndose cada día más tierna, hasta que llegó un momento en que Pablo Astier sorprendió en una mirada que le dirigió, la sombra de un ca-

pricho, casi una confesión. Y á lo lejos vió el sueño, el prodigio fantástico de Colita de Rosen, aportándole en dote sus 20 ó 30 millones. Por supuesto, más tarde, después de algún tiempo de esperar y de un sitio formal de la plaza.

Ante todo, había que desconfiar de su madre, muy fina y muy fuerte, pero con tendencia á pecar por exceso de celo, sobre todo tratándose de Pablo. Sería capaz de echarlo todo á perder por precipitar las cosas. Por esto se recató de la señora Astier, sin sospechar que ésta hubiese abierto una contramina debajo de su mismo terreno. Empezó á obrar solo, con lentitud, enamorando á la Princesa con su elegancia juvenil, su alegría y su espíritu mordaz, pero procurando no enseñar las uñas, sabiendo que la mujer, al igual que el niño y el pueblo, y que todos los seres ingenuos y confiados, aborrece la ironía que la desconcierta, y en la cual ve el mayor enemigo de los entusiasmos y de los ensueños del amor.

Aquella mañana de primavera, Pablo Astier llegó más seguro que solía. Era la vez primera que comía en el hotel de Rosen, so pretexto de una visita que tenían que hacer juntos al Père

Lachaise. Habían elegido el miércoles, día de recepción de la señora Astier, por una muda complicidad, para no llevarla con ellos.

Por esto, á pesar de su reserva, el prudente joven, al subir las escaleras del hotel, echó al descuido, sobre el ancho patio y las suntuosas dependencias, una mirada circular, como si tomara posesión de todo. Enfríose un tanto al atravesar la antecámara, en la que el portero y los lacayos, de completo luto mate, dormitaban en las banquetas como si velasen la tumba del difunto. En la percha estaba un flamante sombrero de castor, proclamando, á la vez que la vuelta de la primavera, la terquedad de la Princesa en eternizar el recuerdo. Todo esto le molestó como si hubiese tropezado con un rival, no comprendiendo las dificultades que á Colita, cautiva de sí misma, rodeaban para escapar á su inmenso duelo. Aburrido se preguntó:

—¿Me va á hacer almorzar con él?

Pero el criado que le quitaba el bastón y el sombrero de las manos, le anunció que la señora Princesa esperaba al señor en la *serre*.

Introducido en la rotonda de cristales llena de plantas preciosas y raras, se tranquilizó al

ver dos cubiertos puestos en una mesita, cuyo arreglo presidía la misma señora de Rozen.

— Ha sido un capricho, al ver un sol tan hermoso. Estaremos como en el campo.

Toda la noche había estado calculando de qué modo no comería con él, junto al cubierto del otro; y no sabiendo cómo arreglarse para los criados, había imaginado comer en otro lado y pedir de pronto, como si fuera un capricho, que la sirvieran en el invernadero.

El almuerzo de negocios se presentaba bien. Las botellas al fresco en el pequeño surtidor de la cascada, entre flores y arbustos; el sol dando en los vidrios y bañando las anchas hojas, cuya sombra se dibujaba sobre la mesa; los dos jóvenes, uno frente al otro, tocándose casi con las rodillas... Colita estaba rosada y rubia, levantado el pelo, que dibujaba la forma de su cabecita sin el más ligero artificio de tocado femenino.

Mientras hablaban de cosas indiferentes, mintiéndose á sí propios, Pablo Astier se llenaba de orgullo viendo al lado, en el comedor desierto, al abrir las puertas los criados para el servicio, el cubierto del difunto, reducido por la vez primera al aburrimiento de la soledad.